

Fuera de quicio

Karen Joy Fowler

«Una profunda y conmovedora evocación del vínculo entre especies muy distintas y, al mismo tiempo, muy cercanas.»

Joyce Carol Oates,
The New York Review of Books

«Una novela tan irresistiblemente jugosa y brillante que merece toda la atención que pueda suscitar.»

Barbara Kingsolver,
The New York Times

Traducción
Santiago del Rey



Para adentrarse en esta novela, tal y como su autora hubiera deseado, lo ideal sería evitar leer cuanto se desgrana en esta sinopsis. Esperemos que esta advertencia les haya calado hondo y decidan dejar la lectura aquí, antes de descubrir que «Fuera de quicio» nos propone una inmersión en lo más profundo de una familia norteamericana de la clase media que durante algunos años vivirá una situación extraordinaria que marcará sus vidas para siempre.

A la memoria de la maravillosa Wendy Weil,
defensora de los libros, de los animales y (en
ambas categorías) de mi persona.

Su condición simiesca, caballeros, en la medida en que ustedes tienen algo semejante en su pasado, no les puede resultar más lejana que a mí la mía, pero cosquillea en los talones de todo aquel que camina sobre la tierra, así del pequeño chimpancé como del gran Aquiles.

FRANZ KAFKA, *Informe para una academia*.

Prólogo

A quienes me conocen ahora les sorprenderá saber que yo era muy charlatana de niña. En casa hay una película familiar filmada cuando tenía dos años, una de esas antiguallas sin sonido y con los colores ya desvaídos (el cielo blanco, mis zapatillas de un rosa fantasmal), pero aún se puede apreciar cuánto hablaba entonces.

En la filmación estoy haciendo paisajismo creativo: cojo un guijarro de nuestro sendero de grava, me acerco a una gran tina de estaño, lo tiro dentro y vuelvo a por otro. Me esfuerzo lo mío y no lo disimulo. Abro mucho los ojos como una estrella del cine mudo. Sostengo un trozo de cuarzo transparente para que se vea bien, me lo meto en la boca y me lo llevo a una mejilla.

Aparece mi madre y me lo saca de la boca. Enseguida retrocede fuera de campo, pero yo me pongo a hablar con mucho énfasis (se ve claramente por mis gestos) y entonces ella reaparece y arroja la piedra a la tina. La escena dura unos cinco minutos y yo no paro de hablar en todo ese rato.

Unos años más tarde, mamá nos leyó ese viejo cuento de hadas en que una hermana (la mayor) echa sapos y culebras por la boca cuando habla y la otra (la menor), rosas y perlas; esa fue la imagen que el cuento me evocó: la escena de aquella película familiar donde mi madre me mete la mano en la boca y saca un diamante.

Yo por entonces era rubia, mucho más mona de lo que he resultado ser después, y estaba muy arregladita para

salir ante la cámara. Tengo el lacio flequillo repeinado con agua y sujeto en un lado con un pasador curvo que lleva un diamante de imitación. Cada vez que vuelvo la cabeza, el pasador destella a la luz del sol. Paso la manita sobre la tina de los guijarros. Todo esto será tuyo algún día, podría haber dicho.

O algo totalmente distinto. El objetivo de la filmación no son las palabras mismas. Lo que mis padres valoraban era su exagerada abundancia, su flujo inagotable.

Aun así, a veces había que pararme. Cuando se te ocurren dos cosas que decir, elige la que más te guste y di solo esa, me sugirió una vez mi madre como consejo de buenas maneras. Ella misma alteró más tarde esa regla: ya no una de cada dos, sino una de cada tres. Mi padre se asomaba todas las noches a la puerta de mi habitación para desearme felices sueños y yo hablaba y hablaba sin respirar siquiera tratando desesperadamente de retenerlo con mi voz. Veía su mano apoyada en el pomo, veía que la puerta empezaba a cerrarse. «¡Tengo que contarte una cosa!», decía, y la puerta se detenía a medio camino.

Empieza por la mitad, respondía él, convertido ahora en una sombra (la luz del pasillo lo iluminaba desde atrás) y con un tono de cansancio, como todos los adultos por la noche. La luz se reflejaba en la ventana de mi habitación como una estrella a la que pedirle un deseo.

Sáltate el principio. Empieza por la mitad.

PRIMERA PARTE

El vendaval que me expulsó de mi pasado
fue amainando.

FRANZ KAFKA, *Informe para una academia.*

1

La mitad de mi historia se sitúa en el invierno de 1996. Por entonces, ya hacía mucho que habíamos quedado reducidos a la familia que la vieja filmación familiar presagiaba: mi madre, mi padre (invisible, pero evidente detrás de la cámara) y yo. En 1996 habían pasado diez años desde la última vez que vi a mi hermano y diecisiete desde la desaparición de mi hermana. La parte intermedia de mi historia gira en torno a la ausencia de ambos, pero, si no os lo hubiera dicho, quizá no lo habríais descubierto. Hacia 1996 podía pasarme días enteros sin pensar apenas en ninguno de los dos.

1996. Año bisiesto. Año de la Rata de Fuego. El presidente Clinton acababa de ser reelegido; la cosa terminaría rematadamente mal. Kabul había caído en manos de los talibanes. El cerco de Sarajevo había concluido. Carlos se había divorciado de Diana poco antes.

El cometa Hale-Bopp apareció surcando nuestros cielos. Las primeras afirmaciones de que había en su estela un objeto parecido a Saturno salieron a la luz en noviembre. Dolly, la oveja clonada, y Deep Blue, el programa informático de ajedrez, eran las estrellas del momento. Había pruebas de vida en Marte. El objeto parecido a Saturno en la estela de Hale-Bopp quizá fuera una nave extraterrestre. En mayo del 97 se suicidarían 39 personas como requisito para subir a bordo.

¡Qué vulgar parezco sobre este telón de fondo! En 1996 yo tenía veintidós años y deambulaba por mi quinto año en la Universidad de Davis, todavía en el penúltimo o quizá el último curso, pero tan poco interesada en las complejas sutilezas de los semestres, los créditos y las no-

tas que parecía poco probable una graduación inmediata. Mi educación, como le gustaba señalar a mi padre, era más ancha que profunda. Lo repetía a menudo.

Pero yo no veía motivo para darme prisa. Aparte de llegar a ser una persona universalmente admirada o en secreto influyente (dudaba entre ambas opciones), no tenía ninguna ambición especial. Tampoco importaba mucho: ninguna asignatura parecía garantizar ni lo uno ni lo otro.

Mis padres, que seguían sufragando mis gastos, me encontraban exasperante. Mi madre se exasperaba muchísimo por aquel entonces. Una novedad en ella: estimulantes dosis de virtuosa exasperación. Eso la rejuvenecía. Hacía poco había proclamado que ya no iba a ejercer más de intérprete e intermediaria entre mi padre y yo; desde entonces, él y yo apenas habíamos hablado. No recuerdo que me importara. Mi padre era profesor universitario y un pedante hasta la médula. Como el hueso de la cereza, cada una de sus conversaciones contenía una lección. Aún hoy, el método socrático me da ganas de morder a alguien.

El otoño llegó ese año bruscamente, como si se abriera de golpe una puerta. Una mañana, cuando iba en bicicleta a clase, pasó por el cielo una gran bandada de gansos del Canadá. No los podía ver (no se veía gran cosa), pero oí sus graznidos sincopados sobre mi cabeza. La niebla que se extendía sobre los campos me envolvía de tal forma que pedaleaba como entre nubes. La niebla de esa región no es desigual o errática como la de otros lugares, sino consistente y estática. Cualquiera habría pensado que era peligroso moverse deprisa a través de un mundo invisible, pero tengo (o tenía de niña) una predilección especial por los trompazos y tropiezos cómicos, así que me zambullí en aquella deliciosa inquietud.

Me sentía purificada por el aire fresco, tal vez algo migratoria yo misma, un poquito salvaje, lo cual significaba que podía coquetear un poco en la biblioteca si me senta-

ba cerca de alguien coqueteable o ponerme a soñar despierta durante la clase. Entonces me sentía salvaje a menudo y gozaba con aquella sensación, pero siempre sin mayores consecuencias.

A la hora del almuerzo comí algo (seguramente un sándwich de queso fundido; pongamos que era un sándwich de queso) en la cafetería de la facultad. Había adquirido el hábito de dejar los libros en la silla contigua para disuadir a la gente sin interés, pero los quitaba rápidamente si venía alguien interesante. A mis veintidós años manejaba la definición más pueril de *interesante* y, según mi vara de medir, yo misma estaba lejos de serlo.

Había una pareja en una mesa cercana y la voz de la chica fue subiendo poco a poco de volumen hasta alcanzar el punto en que me vi obligada a prestar atención.

—¿O sea que quieres más puto espacio? —dijo.

Llevaba una camiseta corta azul y un collar con un pez ángel de cristal como colgante. El pelo largo y oscuro le caía por la espalda en una trenza desaliñada. Se levantó y barrió la mesa entera con el brazo. Tenía unos buenos bíceps; recuerdo que pensé que a mí me gustaría tener unos brazos como los suyos.

Los platos cayeron al suelo hechos añicos; el ketchup y la coca-cola se derramaron y mezclaron en medio del estropicio. Debía de haber música de fondo porque ahora siempre hay música de fondo, todas nuestras vidas tienen bandas sonoras (la mayoría demasiado irónicas para ser aleatorias, opino), pero la verdad es que no lo recuerdo. Quizá solo había un agradable silencio y el chisporroteo de la grasa en la plancha.

—¿Qué te parece? —exclamó la chica—. No me digas que me calme. Te estoy dejando más espacio —derribó también la mesa empujándola hacia un lado y dejándola caer—. ¿Así está mejor? —levantó aún más la voz—. ¿Puede salir todo el mundo, por favor, para que mi novio tenga más espacio? Es que necesita un puto montón de espacio

–arrojó su silla sobre la pila de platos con ketchup; más ruidos de destrozo, una inesperada ráfaga de olor a café.

Los demás estábamos petrificados, con los tenedores a medio camino de la boca, con las cucharas hundidas en los cuencos: así encontraron a la gente tras la erupción del Vesubio.

–No hagas eso, cariño –dijo el novio, pero como ella no dejó de hacerlo ni se molestó en repetirlo.

La chica se acercó a otra mesa, una vacía en la que solo había una bandeja con platos sucios. Metódicamente, rompió todo lo que podía romperse y arrojó al suelo todo lo que podía arrojarse. Un salero llegó rodando a mis pies.

Entonces se levantó un hombre joven y le dijo, con un ligero tartamudeo, que se serenase un poco. Ella le tiró una cuchara, que rebotó en su frente de forma audible.

–No defiendas a los gilipollas –dijo; su voz sonaba muy poco serena.

Él, con unos ojos como platos, volvió a sentarse.

–Estoy bien –aseguró a los presentes, aunque no parecía muy convencido, y añadió aturdido–: ¡Joder! ¡Me ha atacado!

–Ya no aguanto más mierdas –dijo el novio.

Era un tipo alto, con una cara flaca, vaqueros anchos y un abrigo largo. La nariz afilada como un cuchillo:

–Tú sigue y rómpelo todo, ¡zorra psicópata!, pero primero devuélveme la llave de mi habitación.

Ella lanzó otra silla por los aires: no me dio en la cabeza por poco más de un metro (soy benévola, parecía mucho menos), pero sí le dio a mi mesa y la volcó. Sujeté mi plato y mi vaso. Mis libros cayeron al suelo con un estruendo.

–Ven a quitármela –dijo.

A mí me resultó gracioso, algo así como la invitación de una cocinera entre un montón de platos rotos, y me reí convulsivamente con una extraña risotada de pato que hizo que se volvieran todos. Al instante dejé de reírme por-

que la cosa no era para reírse y todos se giraron de nuevo. Vi a través de las paredes de cristal que algunos de quienes andaban por el patio habían advertido el alboroto y ya estaban mirando. Un trío que iba a entrar a almorzar se detuvo en la puerta.

—Y lo voy a hacer —el novio dio unos pasos hacia ella.

La chica cogió un puñado de azucarillos manchados de ketchup y se los tiró con rabia.

—Se acabó —dijo él—. Hemos terminado. Voy a dejar todas tus mierdas en el pasillo y a cambiar la cerradura.

Se dio media vuelta y ella le lanzó un vaso. Le rebotó en la oreja. Él vaciló, se tambaleó; se tanteó con la mano y se miró los dedos por si tenía sangre

—Me debes dinero de la gasolina —dijo sin volverse—. Mándamelo por correo —y desapareció.

Hubo una pausa mientras se cerraba la puerta. Luego ella se volvió hacia todos nosotros.

—¿Qué estáis mirando, mamones?

Cogió una de las sillas. Yo no sabía si iba a ponerla derecha o también iba a tirarla. No creo que ella misma lo tuviese decidido.

Entonces llegó un policía del campus y se acercó cautelosamente hacia mí con la mano en la funda de la pistola. ¡Hacia mí! Yo seguía de pie ante mi mesa y mi silla volcadas, todavía sujetando mi inofensivo vaso de leche y mi plato con el sándwich de queso igualmente inofensivo y a medio comer.

—Déjalo todo, cielo —dijo—, y siéntate un momento.

Dejarlo... ¿dónde? Sentarme... ¿dónde? No había nada de pie en las inmediaciones, solo yo misma.

—Lo podemos hablar. Me puedes contar lo que pasa. Todavía no te has metido en un lío.

—No es ella —le dijo la mujer de detrás del mostrador.

Era una mujer gruesa, una vieja (cuarenta años o más) con una peca en el labio superior y un exceso de delineador acumulado en los rabillos de los ojos. «Aquí todos os

comportáis como si fuerais los amos –me dijo en otra ocasión cuando yo le devolví una hamburguesa para que la hiciera más–, pero vosotros vais y venís. Y ni siquiera se os ocurre pensar que soy yo la que se queda».

–Es la alta –le dijo la mujer al policía señalando a la infractora con el dedo, pero él no le prestaba atención, tan concentrado estaba en mí y en mi próximo movimiento.

–Cálmate –volvió a decir con tono suave y amistoso–. Aún no te has metido en un lío.

Avanzó pasando junto a la chica de la trenza, que seguía sujetando la silla a media altura. Por encima del hombro del agente vi los ojos de ella.

–Nunca hay un poli cuando lo necesitas –me dijo; sonrió con una bonita sonrisa: grandes dientes blancos–. No hay paz para los malvados –alzó la silla por encima de su cabeza–. No hay sopa para vosotros.

La lanzó lejos del policía y de mí, hacia la puerta. La silla se estrelló en el suelo con el respaldo por delante.

Cuando el policía se volvió a mirar, yo dejé caer mi plato y mi tenedor. No tenía intención de hacerlo, sinceramente, pero los dedos de mi mano izquierda se aflojaron de pronto. El estrépito hizo que el poli se girase de nuevo hacia mí.

Yo aún sujetaba mi vaso, medio lleno de leche. Lo levanté unos centímetros como si estuviera proponiendo un brindis.

–No lo hagas –dijo el poli, ahora con un tono mucho menos cordial–. No estoy de broma. No me busques las cosquillas, ¡joder!

Y entonces tiré el vaso al suelo. Se hizo añicos y la leche me salpicó en un zapato y en el calcetín. No es que lo soltara simplemente: tiré el vaso al suelo con todas mis fuerzas.

2

Cuarenta minutos más tarde, la zorra psicópata y yo estábamos apretujadas en la parte trasera de un coche de policía del condado de Yolo, pues aquello ya rebasaba la jurisdicción de los cándidos agentes que vigilaban el campus. Apretujadas y también esposadas, lo cual dolía mucho más en las muñecas de lo que jamás había imaginado.

El hecho de estar arrestada había mejorado enormemente el humor de la chica.

–Ya le he dicho a ese gilipollas que no estaba bromeando, ¡joder! –dijo; era casi exactamente lo que me había dicho a mí el poli del campus, solo que este había usado un tono compungido, no triunfal–. Me alegro de que hayas decidido apuntarte. Me llamo Harlow Fielding. Departamento de Teatro.

Increíble.

–Nunca había conocido a una Harlow –dije.

A nadie que tuviera Harlow como nombre de pila, quería decir. Sí había conocido a una persona con el apellido Harlow.

–Es el nombre de mi madre, se lo pusieron por Jean Harlow, porque Jean Harlow tenía belleza y cerebro, no porque mi abuelo fuese un viejo verde. Ojo. ¿Pero de qué le sirvió tener belleza y cerebro? No es que sea un gran modelo para las mujeres, ¿no?

Yo no sabía nada sobre Jean Harlow, dejando aparte que salía (quizá, no estaba segura). en *Lo que el viento se llevó*, una película que ni he visto ni me ha apetecido ver nunca. Esa guerra ya pasó. Olvidémosla.

–Yo me llamo Rosemary Cooke.

–Rosemary, un nombre para el recuerdo^[1] –dijo Harlow–. Encantadísima.

Deslizó los brazos por debajo del trasero, luego por debajo de las piernas y así sus manos esposadas acabaron frente a ella. Si yo hubiera sido capaz de imitarla, nos habríamos dado la mano, como parecía ser su intención, pero no era capaz.

Nos llevaron a la cárcel del condado, donde esa maniobra de contorsionista causó auténtica sensación. Varios agentes se reunieron allí mismo para ver cómo Harlow ejecutaba amablemente esos movimientos unas cuantas veces pasando primero las piernas por encima de las manos esposadas y luego al revés. Ella se quitó méritos y aplacó el entusiasmo general con la modestia propia de una triunfadora.

–Tengo los brazos muy largos –dijo–. Nunca encuentro mangas de mi talla.

El policía que nos detuvo se llamaba Arnie Haddick. Al quitarse la gorra vi que las apreciables entradas del agente Haddick describían una curva impecable y dejaban sus rasgos totalmente despejados, como el emoticono de una carita sonriente.

Tras quitarnos las esposas, nos puso en manos de los funcionarios del condado para que tomaran nuestros datos.

–Como en una cadena de montaje –comentó Harlow; daba toda la impresión de ser una veterana en esas lides.

Yo no lo era. El espíritu salvaje que sentía por la mañana se había desvanecido hacía mucho rato, dejando en su lugar algo indefinido, como una sensación de pena, tal vez de nostalgia. ¿Qué demonios había hecho? ¿Por qué lo había hecho? Los fluorescentes zumbaban como moscas en lo alto del techo y realzaban las sombras que se dibujaban bajo nuestros ojos, dándonos un aire avejentado, desesperado y algo verdoso.